

El Consumismo desde un punto de vista espiritual

El fenómeno del consumismo se desarrolla y crece lo largo de siglo XX. En este tiempo, el consumo mundial aumentó una gran cantidad comparado con años anteriores. Como ejemplo, los 24 billones de dólares que movió el consumo en el año 90 eran el doble a los registrados en el año 75.

Pues bien, ¿Cuál es el propósito que persigue el consumo? Satisfacer una necesidad. Esta necesidad puede ir desde lo real y fisiológico hasta otro tipo de aspiraciones generadas por el entorno social en el que cada individuo se desempeña y vive.

¿Qué sucede entonces con nuestras necesidades? El significado de necesidad básica ha cambiado gracias a la influencia y presión permanentes que las empresas ejercen con el fin de vender sus productos. Se ha creado una nueva conducta frente a la compra, es decir, lo que conocemos como Marketing. Además de comprar lo que necesitamos, también ha surgido la necesidad de seguir a la moda, el lujo y las nuevas tecnologías. ¿Quién se hubiera imaginado a alguno de nuestros abuelos teniendo la necesidad de un teléfono celular? ¿O de necesitar un computador último modelo con conexión de banda ancha a Internet para chatear rápidamente con sus amigos? Por lo tanto, primero está el Marketing, creándonos una necesidad y luego, la Publicidad desarrollando en nosotros un vínculo entre la necesidad creada y el deseo de consumir y de tener.

Hemos escuchado también el término de “sociedad de consumo” es decir, el fenómeno del consumismo se manifiesta mayormente en sociedades industriales avanzadas donde las necesidades primarias son satisfechas en la mayor parte de la población y en donde una intensa publicidad propone nuevos bienes de consumo que incitan a un gasto continuo. El afán de consumir no tiene límite, no se satisface nunca. Todo se consume: el arte, deporte, espectáculo, viajes, comida, vestimenta.

El Consumismo se muestra como un fenómeno agradable capaz de arreglarlo y resolverlo todo. Hermosos catálogos con productos salvadores que nos venden la felicidad. Lo único que tenemos que tener es dinero para poder comprarla. Pero, ¿qué ocurre si no lo tenemos...?

Consumo no es malo, lo necesitamos para mantener nuestra vida, tenemos que consumir para alimentarnos, vestirnos, relacionarnos, etc. Se convierte en consumismo cuando superamos los niveles tolerables los cuales nos llevan a actuar artificialmente e incluso violentamente para satisfacer el deseo creado.

Consumir deriva de la palabra latina “consumere” que significa gastar, destruir. Gasto de aquellas cosas que se destruyen con el uso.

Lo que ocurre es que, en los últimos años, el consumo ha sido confundido con el consumismo, acto desenfrenado y desmesurado de comprar para llenar un vacío emocional y/o espiritual. Esto explica el malestar social que produce.

Observemos nuestra propia vida: La mayoría de las cosas que compramos son innecesarias y superfluas, e incluso, para ostentar y quedar por encima de los demás...lo cual eleva nuestros niveles de egocentrismo.

Por lo tanto, la tarea del consumismo es hacernos creer que lo material nos da la felicidad. Es el triunfo del materialismo sobre las personas: promete “una vida mejor” a todos los que trabajan suficientemente duro, fomenta el deseo de poseer bienes materiales y éxito personal en la vida en cantidades siempre crecientes. Lo que ocurre es que, detrás de estas sanas intenciones se esconden problemas en el ámbito de inestabilidad emocional y frustración.

Es importante comprender que lo verdaderamente valioso en la vida no es el tener, sino el ser. Es necesario conocerse a sí mismo y reflexionar acerca de nuestra actitud hacia el consumismo.

¿Cuál es la mirada espiritual entonces? Existen 4 verbos que debieran estar alineados en nuestras vidas: Tener, Hacer, Estar, Ser. Usualmente, los vivimos en este orden... Estudiamos y nos profesionalizamos con el objetivo de tener... Para ello necesitamos estar en las mejores compañías o en los puestos más altos realizando tareas importantes. Pues bien, ¿y el Ser? Bueno, si tenemos tiempo nos dedicamos a satisfacer nuestras necesidades espirituales... y el tiempo nunca llega...

He aprendido a lo largo de estos años que mi prioridad debe ser el verbo Ser. El priorizar en el desarrollo de este aspecto, me ha permitido desarrollar la claridad para estar donde debo estar, hacer lo que debo hacer y como resultado, tener lo que me merezco y necesito. ¿Y... por qué no merecerme lo mejor?

Conclusión: Tener es bueno siempre que el fin del tener esté conectado con un propósito elevado.

Susana Tedeschi C. (sutedes@mapfreseguros.cl) es estudiante y profesora de Brahma Kumaris en Santiago, Chile. Coordina la sede principal.